

ACTO TERCERO.

Habitacion de Krauss en el Hotel de la Quinta Avenida. En el fondo, puerta de entrada. A la derecha, puerta que da á su cámara. A la izquierda, puerta que da á un gabinete. Bufete, sillas, etc.

ESCENA I

KRAUSS.—SOUZA.—BULL.

- SOUZA. Ya sabe usted el objeto de nuestra visita. Tiene usted que nombrar padrinos, y matarse mañana con el señor Arlington.
- BULL. Yo confieso que éstas son barbaridades. Cuando yo tengo algun disgusto con un amigo, le rompo la cabeza, ó él me la rompe á mí, y ya quedamos satisfechos. Pero ir á sangre fria á matarse sin más ni más....
- KRAUSS. ¿No es cierto que es una barbaridad?
- BULL. Muy grande: por eso está de moda.

- SOUZA. Yo, como general, como hombre de armas, debo sostener que el duelo es bueno, y exijo que nombre usted sus testigos.
- KRAUSS. Pero el señor Bull dice....
- BULL. Poco á poco: ésa es mi opinion como mercader de bueyes; pero ya soy baron, y mi nobleza me obliga á que se mate cualquier prójimo.
- KRAUSS. Yo.... no porque tenga miedo.... manejo muy bien las armas....
- BULL. Ya lo he visto. ¿Cree usted, amigo Souza, que Krauss sale solo en el *Trovador*, contra todos los que sitian el castillo? ¿Y en *La fuerza del destino*, que mató á un viejo de un pistoletazo? ¿Y en *Hernani*, que se le fué á las barbas al mismo rey?
- SOUZA. Sí; un tenor de fuerza es de temerse, y no sé qué le pasará á nuestro ahijado.
- BULL. Naturalmente: ¿qué quiere decir tenor de fuerza?
- KRAUSS. Les explicaré á ustedes: un tenor de fuerza tiene la voz fuerte, pero nada más; y yo estoy dispuesto á dar algunas explicaciones decorosas....
- SOUZA. Arlington nos dijo: nada de explicaciones.
- BULL. Ese bárbaro dentista le quiere sacar á usted las muelas á balazos.
- KRAUSS. Si ése fuera su empeño, con que me las sa cara con las tenazas....

- SOUZA. En fin; nos retiramos á esperar á los testigos de usted en la casa del señor Bull.
- BULL. Haga usted una buena eleccion.
(*Se van por el fondo*).

ESCENA II

KRAUSS.—PEÑÚÑURI *después*.

- KRAUSS. ¡Batirme! ¡perder la vida que se ama tanto! Y si no pierdo la vida, recibir una estocada, quedarme tal vez sin voz, sin esta voz que me produce una renta de veinte mil pesos.... Pero si no me bato, tendré que renunciar á Eleonora.... y á su millon.... y al título de conde....
- PEÑÚÑURI. (*Entrando*). Amigo Krauss, estoy seguro de que sé en lo que usted pensaba. ¿En el duelo, verdad? Pues yo le traigo á usted una idea para que se verifique y no se verifique, para que haya duelo y no lo haya.
- KRAUSS. No comprendo.
- PEÑÚÑURI. Usted no tiene ganas de batirse.
- KRAUSS. Si he de decir verdad, no.
- PEÑÚÑURI. Méenos tiene usted deseo de que le maten.
- KRAUSS. Mucho méenos.
- PEÑÚÑURI. Pues bien, mañana Arlington matará á usted.
- KRAUSS. ¿Me matará?

PEÑÚNURI. Sí. Por casualidad estuve en casa del maestro de armas en boga, y allí encontré á Arlington: le vi tirar; es un gran tirador.

KRAUSS. ¿Pero qué hacer?

PEÑÚNURI. En primer lugar, me nombra usted su padrino: yo escogeré á mi compañero.

KRAUSS. ¿Y ustedes sostendrán que no hay motivo para un duelo?

PEÑÚNURI. Al contrario, lo aceptamos.

KRAUSS. Pero....

PEÑÚNURI. Y á muerte.

KRAUSS. ¿Á muerte?

PEÑÚNURI. Para mañana á las cuatro de la tarde.

KRAUSS. Imposible.

PEÑÚNURI. Yéndose de Nueva York ántes de esa hora,.... saliendo en la mañana para Europa con Ernestina....

KRAUSS. ¿Y Eleonora?

PEÑÚNURI. La conozco: jamas volverá á darle á usted su amor.

KRAUSS. Yo esperaba....

PEÑÚNURI. Todo sería inútil. Ella cree que usted ama á Laura: peor sería que supiese que amaba usted á Ernestina; habría entónces tambien el peligro del marido. En cambio, yéndose evita usted el duelo, el odio de Eleonora, la venganza de Bull; y gana usted el amor de Ernestina, que tiene un capital en joyas. Para que nada sospechen, acepta usted el duelo; va usted esta noche al baile de Bull;

y de allí salen á buena hora para embarcarse Ernestina y usted. Yo arreglaré todo, hasta los billetes de pasaje. Pero si no se van ustedes, entregaré á Mister Bull la carta, que ya tengo en mi poder....

KRAUSS. No tiene direccion.

PEÑÚNURI. Y otra de Ernestina, que dice: "Valdemi-ro adorado;" que está dirigida "al señor Krauss;" y que dice cosas preciosas. Así, si no le mata á usted el inglés, le matará el yankee; y si no, yo.

KRAUSS. ¿Usted? ¿pero qué interes tiene?

PEÑÚNURI. Es mi secreto. ¿Acepta usted?

KRAUSS. Sí.

PEÑÚNURI. ¿Puedo presentarme como testigo, y arreglar el duelo?

KRAUSS. Sí.

PEÑÚNURI. ¿Y partirá usted con Ernestina?

KRAUSS. Sí.

ESCENA III

DICHOS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. (*Entrando*). ¡Qué susto he llevado! Creí que era usted otra persona. Pregunté si Krauss estaba solo, y me contestaron que sí; que acababan de salir unos caballeros que tenía de visita.

PEÑÚNURI. No me notaron sin duda, porque yo entra-

ba al mismo tiempo que ellos salían, y se detuvieron á hablar conmigo. Uno era el general Souza; el otro Mister Bull.

ERNESTINA. ¿Mi marido?

PEÑÚNURI. ¿Olvida usted que es testigo de Arlington?

ERNESTINA. ¡La presencia de mi marido aquí! Hoy temo de todo. Ayer, indignada contra mi doncella, que vendió á usted la carta que yo mandaba á Valdemiro, la arrojé de mi casa. Hoy he notado que me seguía en la calle. ¿Por qué me sigue esa mujer? ¿Pero ese duelo?

PEÑÚNURI. Convenza usted á Krauss de que debe partir. Les dejo á ustedes. Ha sido una imprudencia venir, pues pudo usted encontrarse con su marido. No debe usted salir de aquí sola. Para que no sospechen, voy á mandar, á fin de que acompañe á usted, á la señora del *boarding*.

(*Se va*).

ESCENA IV

KRAUSS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. Valdemiro, estoy dispuesta á todo: mira si te amo. Sí; abandonaremos á Nueva York; con nombres supuestos recorreremos el mundo. Hay en mi corazón una pasión inmensa que es como hoguera; no como hoguera,

sino como incendio; no como incendio, sino como tempestad de llamas. Me dirás que estoy loca: loca quería volverme, al creer que me abandonabas, y que preferías á Eleonora por ser condesa y millonaria. Pero yo también tengo ya un título, y millon y medio en acciones de la Occidental. Mira el documento: era necesaria mi presencia en la dirección para recogerlo, y de allí vengo.

KRAUSS. (*Examinándolo*). En efecto, el documento está en tu nombre.

ERNESTINA. Tengo además mis alhajas.

KRAUSS. Y mi amor.

ERNESTINA. Partiendo, evitas ese duelo. Quiero partir porque tú vivas, y también por vivir yo. Tú no puedes comprender la existencia de una mujer que se casa sin amor. Caséme seducida por el fausto y la riqueza, y tuve que sufrir sobre mis labios los labios de oro de un estúpido mercader de bueyes. Pero yo te amaba, y cada instante aumentaba mi cariño. ¿Y el tuyo también, verdad? Dímelo: dime que me amas; dímelo.

KRAUSS. Sí, Ernestina: verdad es que te amo, y que no amo á nadie más que á tí. Si he debido preferir á Eleonora, hoy me une á tí la suerte.

ERNESTINA. Nuestro plan es seguro. El vapor parte á las siete, casi al amanecer. Tú vas al baile; procura que no se fijen en tí; no me ha-

blas, no me ves. Cuando estén cenando; cuando envueltos en los vapores del vino, de nada ni de nadie se acuerden; salimos tú y yo. Un coche nos llevará al muelle. Como poco ántes me retiraré á mi habitacion, fingiendo estar algo indispueta, no se notará mi ausencia hasta que estemos en alta mar.

KRAUSS. ¿Y ese documento es bastante? ¿no hay que llevar las acciones?

ERNESTINA. Este documento se negocia á la par en cualquier mercado de Europa. Me han dicho en la direccion, que en Paris darán por él en el acto, siete millones y medio de francos en luises de oro.

KRAUSS. No necesitamos llevar equipaje. Una maleta con un vestido tuyo y otro mio, y la bolsa de las joyas.

ERNESTINA. Eso es. ¿Pero oyes pisadas? Se acercan.

KRAUSS. Tal vez la señora del *boarding*. Entra, mientras veo.

(Entra Ernestina por la puerta de la derecha. Al cerrarla Krauss, ve á Eleonora que aparece por el fondo; y entonces echa la llave y se la guarda).

ESCENA V

KRAUSS.—ELEONORA.

ELEONORA. ¡Interrumpo?

KRAUSS. No.... cerraba.... porque iba á salir.... pero habiendo llegado usted.... es decir, tú....

ELEONORA. Es mejor: usted. Sentémonos que tengo que hablar largo.

KRAUSS. Como usted mande.

ELEONORA. Sola en el mundo, y desbordándose mi alma de juventud y de ternura, amé al primer hombre que encontré en mi camino, y ese hombre fué usted. Yo jamas hubiera sido desleal. Le habia dicho á usted que le amaba, y no podía escuchar propósitos de cariño de ningun otro hombre. Y sin embargo, no me han faltado pretendientes que me hubieran dado su nombre cuando yo era pobre. Uno es el banquero Peñúñuri.

KRAUSS. Yo no quiero estorbar la dicha de usted. Cátese usted con él.

ELEONORA. ¿Y quién le pide á usted su licencia? ¿acaso la he menester? Cuando ya rica y condesa, aún prefería á usted, y descubrí que me engañaba....

KRAUSS. Crea usted que en esto hay.... no sé qué.... Si yo apenas conozco á esa Laura....

ELEONORA. Permítame usted continuar, Descubierto el

engaño, estoy ya libre ante mi conciencia; pero nunca me uniré á Peñúñuri; que me da su rostro miedo, como da miedo el crimen. El otro....

- KRAUSS. Al otro le ama usted.
 ELEONORA. ¿Por qué me lo dice usted?
 KRAUSS. Porque tiembla usted al ir á decir su nombre.
 ELEONORA. Tiemblo, porque se va usted á batir con él.
 KRAUSS. ¡Arlington!
 ELEONORA. Y es necesario que ese duelo no se verifique.
 KRAUSS. ¿Por mí, ó por él?
 ELEONORA. Por él.
 KRAUSS. ¿Es decir, que usted le ama?
 ELEONORA. ¿Acaso sé ya lo que pasa por mí?
 KRAUSS. ¿Y qué pretende usted?
 ELEONORA. Que evite usted el duelo.
 KRAUSS. ¿Y por qué no se lo propone usted á él?
 ELEONORA. Porque le estimo en mucho, para hacerle esa proposición.
 KRAUSS. ¿De modo, que á mí no me estima usted en mucho?
 ELEONORA. Negocio es ése de la señorita Laura.
 KRAUSS. Pues bien, yo no cedo: me batiré mañana. Además, no hay modo de impedirlo.
 ELEONORA. Sí le hay: partir conmigo.
 KRAUSS. ¿No dice usted que ya no me ama?
 ELEONORA. Es cierto; pero si usted prescinde de ese duelo, me caso con usted.
 KRAUSS. ¿Y cómo prescindir?

- ELEONORA. Mañana sale el vapor frances; nos embarcamos en él: no volveremos á encontrar á Arlington en la vida, y todo se arregla así.
 KRAUSS. Alguien llega.
 ELEONORA. Me retiro al gabinete, mientras queda usted solo, pues de aquí no salgo sin su resolución. *(Entra por la puerta de la izquierda, que cierra).*

ESCENA VI

KRAUSS.—LAURA.—MARTINA.

- KRAUSS. ¿Ustedes aquí?
 LAURA. ¿Y pensaba usted que yo no sabría estar en el puesto que el deber me señala?
 KRAUSS. ¿El deber?
 LAURA. El que tengo desde que acepto el amor que usted me ofreció en su carta.
 KRAUSS. ¡Ah!
 MARTINA. Yo también quiero salvar á Arlington, que me ama, según dicen.
 LAURA. Siendo nosotras hermanas, ese duelo sería un absurdo.
 MARTINA. Un crimen.
 LAURA. Los Montequios y los Capuletos entre con cuños.
 KRAUSS. ¿Pero qué he de hacer yo, si él me ha desafiado? Vayan ustedes á decirle todo eso al señor Arlington; y si él retira su reto....

- MARTINA. ¿Y para cuándo han fijado el duelo?
- KRAUSS. Para mañana: hay tiempo de que ustedes arreglen....
- LAURA. Lo que ustedes deben hacer mañana, no es batirse, sino casarse.
- KRAUSS. ¿Casarnos?
- MARTINA. Por supuesto.
- LAURA. Respecto de mi hermana no es esto tan sencillo, porque no tiene ninguna prueba contra Arlington; mientras que yo tengo la carta de usted, que he dado á guardar al señor Peñúñuri, para cuando se necesite.
- KRAUSS. Pero esa carta no es más que una declaración.
- LAURA. Lo suficiente aquí: en este país casan á un hombre por ménos: ésta sí que es una república ilustrada.
- MARTINA. Dice bien mi hermana: usted se debe casar, y no matar al señor Arlington, sino hacer que se case conmigo.
- KRAUSS. Permítanme ustedes que les diga, que van siendo muy exageradas sus pretensiones, y que tentado estoy de tomarlas á la broma.
- LAURA. Tómelas usted á la broma, y se entenderá con mi papá que es general.
- MARTINA. Y que en la guerra del Ecuador mató á muchos. Dicen que de un sablazo partió al mismo Ecuador de medio á medio.
- KRAUSS. Pero, señoritas, es necesario meditar....
- LAURA. No crea usted que de mí se burla.

- MARTINA. Bueno es papá para consentirlo.
- LAURA. Aunque dé usted el do de pecho.
- MARTINA. Ni que lo diera de espaldas.
- KRAUSS. Pero tengan ustedes calma.
- LAURA. Estoy furiosa..... me da el ataque de nervios.... agua.... agua....
- MARTINA. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha*). Yo iré por ella.
- KRAUSS. Por ahí no.
- LAURA. ¿No? Ahí tiene usted escondida á alguna mujer.... Usted me engaña.... Ábrame usted.... Quiero sacarle los ojos.

ESCENA VII

DICHOS.—SOUZA.

- SOUZA. (*Entrando*). ¿Ustedes aquí?
- LAURA. Sí, papá: vinimos mi hermana y yo á rogar á Krauss que no se batiera; á rogárselo por el amor que me tiene. ¿Y sabes con lo que me he encontrado? Con que tiene aquí encerrada á otra mujer.
- KRAUSS. No la crea usted.
- SOUZA. Si á eso vengo, á salvar á usted, puesto que va á ser mi yerno. Estábamos sentados tomando té y hablando del duelo, Bull y yo....
- KRAUSS. ¿El señor Bull?
- SOUZA. Sí. ¿Ve usted cómo se turba?
- LAURA. ¿Por qué se turba usted?

- MARTINA. Responda usted á mi hermana, por qué se turba.
- KRAUSS. Si no me turbo.
- SOUZA. Déjenme continuar, que la cosa urge. Como decía, estábamos hablando del duelo y de sus probables consecuencias, y ambos calculábamos que tenían que ser fatales para Arlington, pues mientras un tenor tiene que manejar constantemente las armas en el teatro, un dentista no sabe manejar más que las tenazas. En esto, llega la doncella que Ernestina había despedido, y le cuenta á Mister Bull, que usted tiene amores con su esposa, y que ésta se encuentra aquí. Mister Bull, con toda la calma digna de un gran ciudadano, exclamó: "¡qué fortuna tiene el pícaro de Arlington! ya no le matará Krauss." "¿Por qué?" pregunté yo. "Porque yo voy á matar á Krauss en este instante," me contestó. Mister Bull se puso entonces á cargar sus pistolas: no tarda en llegar: yo he venido corriendo á salvar á usted.

ESCENA VIII

DICHOS.—BULL.—ELEONORA *después*.

- TODOS. (*Viendo aparecer en el fondo á Bull*). ¡Mister Bull!
- BULL. Señor Krauss, óigame usted con atención.

Sé que mi esposa tiene amores con usted, y que está aquí. Si esto es cierto, no crea usted que le voy á desafiar. Los maridos que desafian á los seductores de sus mujeres, son unos tontos. Después de la infamia pueden encontrar la muerte; y muchas veces el triunfo es de los burladores. Mi sistema es más sencillo: yo soy comerciante en todo. Un hombre me debe dinero, me paga con dinero: otro me debe honra, me paga con la vida. Vengo á cobrar.

- SOUZA. Señor Bull, un poco de moderación.....
- BULL. La tengo. ¿En dónde está mi mujer?
- LAURA. (*Señalando la puerta de la derecha*). Allí.
- KRAUSS. No es cierto.
- BULL. ¿No ha estado aquí una mujer?
- KRAUSS. Sí.
- BULL. ¿No es usted su amante?
- KRAUSS. Sí.
- BULL. (*Señalando la puerta de la derecha*). ¿Está ahí?
- KRAUSS. (*Señalando la de la izquierda*). No: allí.
- BULL. (*Dirigiéndose á la puerta*). Salga usted, infame.
(*Sale Eleonora*).

- SOUZA, LAURA Y MARTINA. } ¡Eleonora!
- BULL. } ¿Usted?
- ELEONORA. Sí: yo.

Telon.